

En una nación en la cual las instituciones universitarias se cuentan por centenares, el carácter de la agitación estudiantil es difícil de describir.

Lo más fácil sería seleccionar las líneas obvias: la oposición a la guerra en Indochina y el reto al autoritarismo en las universidades. Pero el riesgo de desfigurar el estudiante típico es demasiado grande. Ese Joe gigantesco con su cámara al hombro y su sonrisa estúpida que viene a visitar nuestros países latinos en sus vacaciones; esa Jáne independiente y coqueta que tanto se sofoca como se complace al oír los silbidos latinos que la saludan, pertenecen a la presente escena americana con el mismo derecho que el militante delgado y fanático que planta dinamita en las oficinas neoyorquinas de alguna corporación.

Lo que la mayoría de los estudiantes americanos comparten es una leyenda, la convicción de que esta generación es diferente a todas las precedentes, que el mundo está cambiando demasiado rápido para que sus mayores puedan entenderlo y, por consiguiente, puedan insistir en ser tutores de la juventud. No es el presidente de la nación y el presidente de la universidad solamente los que están siendo desdeñados, sino también los padres de familia, las jerarquías eclesíásticas, los jefes de empresa, las fuerzas armadas, los "establecimientos" de Hollywood, del mundo de los deportes, de los anuncios, de la ley y la justicia: todos los ídolos acumulados por la nación en sus doscientos años.

Fumar marihuana, dar rienda suelta a las inclinaciones sexuales,

FERNANDO PICÓ es un jesuita portorriqueño que cursa en la actualidad sus estudios de Teología en Woodstock College, Maryland, U.S.A. El autor tiene su columna mensual sobre temas americanos en un diario de habla inglesa en San Juan de Puerto Rico. Ha colaborado con varios artículos en la revista "América", que publican los jesuitas en Nueva York.

Agitación estudiantil

bañarse desnudo en la fuente de una plaza pública, interrumpir con obscenidades los acentos sonoros de algún orador célebre, vestirse y viajar como le dé la gana a uno, vivir del capricho del momento, mofarse de todo lo solemne; no importa la evaluación moral que se le asigne a esta manera de pasar la vida, la conclusión principal es que ella indica una afluencia extraordinaria. Abundancia de dinero y de tiempo y gran movilidad y libertad personal: el estudiante americano promedio goza de opciones inaccesibles a previas generaciones y otras nacionalidades. Es independiente de su familia, pues fácilmente puede ganarse la vida haciendo tareas marginales; en todo caso la mayoría de los padres americanos asignan sumas semanales o mensuales a sus proles. Es libre también de los grandes tabús que pesan sobre sus semejantes latinos: ese respeto a la opinión pública, que puede denigrar su machismo, su apellido y condición social, su futuro político y económico; ese horror latino a toda la risa detrás de uno, y el nacionalismo y provincialismo fiero que demanda holocaustos continuos.



Compartiendo la convicción de que todos los "viejos" necesariamente han sido corrompidos por el "sistema", los estudiantes norteamericanos gozan de la libertad de poder seleccionar su propio sistema de valores. Muchos —especialmente en las grandes universidades de los Estados-graneros del centro— optan por seleccionar algunas actitudes y metas de esta generación y

conformarse con el resto de los valores heredados. Por ejemplo, cuando en mayo unas trescientas universidades se declararon en huelga en oposición a la invasión de Camboya, muchos de los estudiantes, haciéndose sordos a las sugerencias del liderato huelguista, se aprovecharon para tomar vacaciones.

En algunas universidades el radicalismo estudiantil es decididamente conservador: el liberalismo político de la facultad viene a ser el objeto de su encono. En las universidades casi totalmente negras, un pujante nacionalismo negro rehusa expresar solidaridad con las causas del resto de las universidades.

En California la campaña contra la polución industrial ha cobrado gran auge. Fue en uno de los "campuses" de la universidad estatal californiana donde los estudiantes compraron y enterraron un carro completamente nuevo.

En la ciudad de Washington, más de un centenar de estudiantes fueron arrestados en el curso de protestas contra la construcción de un puente que iba a causar la demolición de un vecindario.

En Baltimore estudiantes organizaron una marcha de treinta millas para expresar su apoyo a César Chávez y la huelga de los trabajadores de los viñedos californianos.

Cualquiera que sea la naturaleza de la causa, siempre hay una masa dispuesta a exhibir su antagonismo a los errores e injusticias de una sociedad orientada a satisfacer los deseos del consumidor.

Julie es una estudiante de veintidós años, mitad escéptica y mitad soñadora. Sus padres, según dice ella, *viven en constante terror de que se les presente algún día con un hijo ilegítimo o una denuncia de la po-*

en los Estados Unidos

FERNANDO PICÓ

licia. Su interés es la literatura, y en algún futuro nebuloso —"si salto a través de todos los aros", dice ella— obtendrá un doctorado en literatura inglesa de una prestigiosa universidad de la costa oriental. Actualmente su pasión principal es la oposición a la guerra, como lo expresa en el siguiente diálogo:

—¿Cómo puede vivir la gente al margen de esta gran cuestión? La masacre de My Lai, por ejemplo, ¿cómo puede la gente vivir día a día sin tratar de cerciorarse de los hechos y demandar quién es responsable de tanta barbaridad? Todas las otras actividades deben dar paso a la cuestión de la guerra. Sin embargo, las universidades continúan su ritmo de vida semestral, dando exámenes y notas, graduando y aceptando estudiantes. No va a haber progreso hasta que el ritmo natural de vida se rompa. Hay que cerrar las universidades, acabar con la ilusión de "business as usual", sin novedad. Hasta que la nación comprenda que estamos viviendo tiempos de emergencia y que es necesario solucionar el problema de la guerra, el Presidente y sus generales harán lo que les dé la gana.

—Pero ¿y las protestas? Todos esos centenares de millares de gente marchando... Seguramente el gobierno sabe que hay una opinión pública muy fuerte contra la guerra, y en vista de su interés en las elecciones el gobierno tratará de seguir la opinión pública.

—¡Sueños! Eso era lo que la gente creía en el 67 y el 68: que las grandes marchas, los estudiantes haciendo campañas por candidatos pacifistas, cambiarían las cosas. Pero la era de las grandes marchas ha pasado. Sólo sirven para dramatizar, para hacer que la gente se junte y se radicalice. Pero lo que se necesita ahora es acción: saqueos de los archivos de los centros de reclutamiento militar, sabotaje de las oficinas de empresas íntimamente asociadas a la guerra... Tomar la ofensiva. Si un militar o un partidario de la guerra intenta hablar en público, silenciarlo con obscenidades. Ahora mismo el Presidente no se atreve a hablar en público a asambleas de personas que no han sido cuidadosamente seleccionadas. Lo hemos intimidado. No puede sostener el ridículo.



—Pero esta clase de tácticas ¿en qué benefician a la causa? La mayoría de la gente deja de simpatizar con los estudiantes y en vez de lograrse el amplio apoyo a la causa que se busca, se le da la razón a gente como el vicepresidente...

—¡Pamplinas! Lo que ellos hacen en Vietnam ¿no es mil veces más contrario a la decencia? Esta es una guerra inmoral, tiránica y en contra de toda justicia. Que yo queme papelitos en una oficina del gobierno no puede compararse con que los infantes de marina quemem una aldea completa.

—¿Y después de la guerra?

—¡La guerra solamente ha comenzado! Nuestros esfuerzos por

acabar con la cuestión de Vietnam nos han revelado la verdad esencial: que una nación que pueda llevar a cabo una guerra como la de Vietnam, en contra de todos sus principios constitucionales, está corrompida a fondo. La gente que piensa que una vez que la guerra se acabe todos podremos volver a la normalidad no se dan cuenta que hay que dismantelar el sistema que ha hecho tal guerra posible. ¡Hay que acabar con el complejo militar-industrial que nos ahoga!

—Eso es un proceso largo.

—No, si se usa la violencia.

—Entonces las doctrinas originales del movimiento estudiantil en sus comienzos —cuando apoyaba a Martin Luther King contra la segregación— ¿se van a pique?

—Las cosas han llegado a un punto drástico. Para el 1976 hay que celebrar la revolución original de las trece colonias con una nueva revolución que revitalice nuestra sociedad.

—¿Y tú te crees típica de tus contemporáneos?

—Ahora, no; pero según los policías y los militares y los burócratas vayan haciendo errores y matando un par de estudiantes aquí y allá, toda nuestra generación se irá aliando a nuestra causa hasta que el sistema cambie y tengamos verdadera libertad.

—¿No hay alguna otra alternativa posible?

—Fundar una comunidad de rendidos en algún oscuro rincón, haciéndonos el amor unos a otros, rechazando contactos con el mundo exterior, viviendo de la tierra. La visión utópica. Yo conozco gente que han optado así. Yo prefiero la lucha.